

**HISTORIA RURAL DEL
URUGUAY MODERNO**

Tomo V

**LA PROSPERIDAD
FRAGIL
1905 - 1914**

**JOSE P. BARRAN
BENJAMIN NAHUM**



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

L 262.719

AF 2729. B3. P8. N3

Esta investigación es el fruto de una beca que nos concedió el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales con sede en Buenos Aires. Nuestro agradecimiento.

Parte I
LA VIDA POLITICA
Y EL AUGE ECONOMICO

Capítulo I

La segunda fundación del Estado moderno

1 — Introducción

Al firmarse el 24 de setiembre de 1904 la Paz de Aceguá entre los revolucionarios blancos y el Presidente Batlle y Ordóñez, la República dejó de tener una estructura bicéfala en cuanto al poder político. La unificación de la autoridad en torno al gobierno triunfante terminó con lo que habiendo sido en la década de 1870 una forma primaria de coparticipación de los dos partidos, se estaba convirtiendo en fuente permanente de inseguridad y debilitamiento del poder central. Todo el país en manos del Gobierno, y de un gobierno vencedor que contaba cada día con mayor apoyo popular y aún el de las "clases conservadoras", era la garantía suprema de la paz interna conquistada para siempre.

Fue una segunda fundación del Estado moderno y del principio de autoridad que se reveló más eficaz y prolongada que la efectuada por Lorenzo Latorre en 1876. No quedaba en pie ningún pacto con los blancos, como el que había ratificado el Coronel con el caudillo Timoteo Aparicio, ni el país se exponía a los desajustes sociales y económicos de su "modernización" que tantas tensiones políticas provocaron a fines del siglo XIX.

La nación ya estaba al borde del triunfo en ese proceso de cambio económico que la venía insertando más y más en el mercado mundial. El "pobrerío rural", levadura de todos los alzamientos armados, aniquilado en parte por la guerra civil de 1904 y absorbido en otra proporción importante por las nuevas formas de producción dominantes a partir de 1905 (gran desarrollo lanar, extensión del área agrícola, etc.), dejaba de ser el peligro potencial que siempre fue a partir del alambramiento de los campos.

La abstención del Partido Blanco en el terreno electoral era el único rasgo negativo de la situación. Pero no tardó mucho tiempo en superarse porque los partidos tradicionales fueron presionados para ello por las "clases conservadoras" y la evolución económica, que exigían la paz. La tendencia "evolucionista", que deseaba un cambio de rumbo para el Partido Blanco adaptándolo a la sola vía electoral, ganaba adeptos diariamente en filas nacionalistas. En parte porque esa línea era la única que podía seguir el Partido vencido si deseaba recuperar su prestigio entre las clases altas, pero también porque, como lo decía en 1913 uno de sus prohombres, Alfredo Vásquez Acevedo, el fortalecimiento del poder coactivo del Estado no les dejaba otro camino:

"Parece también que todos los jefes importantes de nuestro partido están hoy en un buen orden de ideas, sea en razón de las grandes dificultades que ellos encuentran para ir a la guerra, sea por la convicción de la necesidad de buscar otros medios para reconquistar el poder..." (1).

*
* *

Dentro del propio equipo gobernante colorado surgían voces que más que por el aprovechamiento integral del triunfo armado, clamaban por la conciliación y el diálogo. Esta tendencia se impuso con el Presidente Claudio Williman y las reformas electorales de 1907 y 1910. Por esta última los blancos obtenían que una de sus banderas se inscribiese en la legislación electoral: la representación casi proporcional para los departamentos de Montevideo y Canelones.

Es cierto que hubo dos conatos revolucionarios en 1910, al conocer el Partido Blanco la intención de Batlle y Ordóñez de presentarse nuevamente como candidato a la Presidencia. La facilidad con que fueron vencidos constituyó otra prueba más de que la paz estaba asegurada porque ya no existía la masa rural dispuesta a la aventura y porque el poder del gobierno central se había vuelto incontrastable.

*
° * *

Al renacer la confianza con la Paz de Aceguá, todas las fuerzas sociales y económicas del país se lanzaron por el camino del crecimiento. Pedían un gobierno fuerte y único, y lo tuvieron. Las clases conservadoras se sentían confiadas y también los inversionistas extranjeros. El radicalismo de las ideas del Presidente triunfador no se mostró con toda su fuerza en su primera presidencia. Su sucesor, Claudio Williman, mesurado por convicción, mantuvo esa confianza de las clases altas del país y del extranjero en el nuevo equipo gobernante. El entendimiento se rompería, y con escándalo, a partir de 1911, pero ya la fe de "los ricos" era un hecho y en muchos aspectos ni siquiera los proyectos inquietantes del segundo período presidencial de Batlle lograrían erosionarla.

Aun antes de conocerse la firma de la Paz de Aceguá, pero sabiéndose ya muerto a Aparicio Saravia, la Bolsa de Montevideo mostró su regocijo ante el triunfo del poder central y la cercanía de la paz:

"En los alrededores de la Bolsa la animación era grande antes de la 1ª rueda. La satisfacción parecía general, como eran generales los abrazos, los apretones de manos y las felicitaciones efusivas. Todo el mundo estaba jubilante, y el empujón al "alza" prometía ser formidable en cuanto se abrieran las cotizaciones. El Presidente del Banco Sr. Mañé acababa de recibir una comunicación amistosa del Sr. Batlle y Ordóñez noticiándole que ya podía considerarse un hecho la pacificación del país" (2).

En la campaña, la euforia de los productores fue similar. Se informaba desde Paysandú:

"Apenas se supo en Paysandú oficialmente que la paz había sido firmada, se suscribió un compromiso de compraventa de una fracción de 3.000 hectáreas de campo a razón de 22 pesos la cuadra. Ese es el precio más alto que se haya obtenido hasta ahora en la zona donde se halla ubicado. Este dato demuestra evidentemente que los grandes negocios, los que exigen la movilización de mayores capitales, sólo esperan la celebración de la paz, en las condiciones enunciadas, para manifestarse con la actividad de otras épocas de prosperidad" (3).

Lo mismo ocurría en Salto:

“La confianza plena y justificada que se nota en todas partes de que la terminación de la última guerra civil en la forma que se ha realizado garantiza una paz sólida y por muchos años [...] ha promovido una reacción extraordinaria, particularmente entre los capitalistas, que se apresuran a poner en actividad su dinero [...] acaba de venderse una importante fracción de campo a precio elevado, que se estima con un 15 a 20 % de suba sobre los precios ofrecidos antes de estallar la revolución...” (4).

Y en Cerro Largo, cuna de la revolución:

“El convencimiento que existe en todos los ánimos de la consolidación de la paz, ha traído como consecuencia la valorización de la propiedad raíz en toda la República y especialmente en el departamento de Cerro Largo, donde hasta ahora los mejores campos no se vendían a más de 12 o 13 pesos por há.; hoy, los mismos campos valen de 20 a 25 pesos con gran demanda de compradores...” (5).

Todo ello inflamó de entusiasmo al encargado de las noticias rurales de “El Siglo”, quien resumía así las novedades que le llegaban de campaña:

“Los campos se valorizan, suben los arrendamientos, los ganaderos se entregan por completo a la reforma de sus haciendas mejorando tipos y razas, pudiendo decirse que jamás se ha notado en el país un movimiento tan poderoso de labor fecunda. Son los beneficios de la paz, después de la cruenta y aleccionadora lucha, los que tales resultados producen...” (6).

Y desde la página editorial, recordando que era el órgano periodístico de las clases conservadoras, tuvo un chispazo de interpretación histórica no exento de profundidad:

“Este año de guerra civil, de la última guerra civil [...] termina con la inauguración del primer frigorífico uruguayo. Es el caso de repetir, como el mejor augurio de Pascua, la fórmula de Víctor Hugo: “Ceci tuera cela” (7).

Una década más tarde, con la perspectiva que daban los años transcurridos desde la revolución, algunos miembros del partido vencedor expresaron una opinión análoga:

“Una ola de prosperidad innegable envolvió al país apenas terminó la guerra de 1904. La abundancia de capital cir-

culante, un ansia de actividad, un anhelo de ensanchar la vida e intensificar sus goces a la sombra de una seguridad y una paz que hacía mucho tiempo no se conocían, y de una honradez política y administrativa [...] fueron el punto de arranque de un desbordamiento de prosperidad..." (8).

Quizás no hubiera en la época un análisis más claro de las causas de este resurgimiento económico que el que brindó un agudo observador bajo el pseudónimo de "Price" en "El Día" de mayo de 1908. Comenzó señalando que la crisis de 1890 había impulsado al país a una contracción violenta de los consumos que posibilitó una actitud de ahorro permanente. La consiguiente acumulación de energías económicas no se manifestó bajo la Presidencia de Idiarte Borda (1894-1897) porque faltaba un elemento esencial: "la confianza pública". Con Cuestas (1897-1903) en el poder desapareció ese "régimen desacreditado", pero a pesar de su corrección administrativa, durante su mandato "la producción vivió una vida precaria" porque, entre otras cosas, "pendía una amenaza permanente" sobre el país:

"La convicción arraigada de que la paz podía ser alterada, contenía y limitaba el desenvolvimiento de todas las fuerzas productivas, que para su expansión debían ser confiadas con un porvenir cierto, asegurado. Sólo una vez desaparecida la causa política, que producía el estancamiento general, por medio del triunfo de las armas legales en la contienda de 1904, y que quedó indiscutido el principio de autoridad del gobierno, es que se produce el vigoroso desarrollo de todas las actividades, es que se plantean empresas y se entra en una verdadera era de resurgimiento económico..."

Antes de la revolución de 1904, "...abundaba el dinero, los bancos estaban repletos de depósitos con encajes formidables que no podían colocar, el interés por el suelo, el dinero estaba en plena crisis, ¿por qué? Por falta de colocaciones".

Luego de vencida la revolución, "...ya no sobraban los capitales vegetando en las cajas de los Bancos. El espíritu de empresa renace, confiado en que la posibilidad de una alteración del orden público ha quedado alejada. La confianza pública alcanza entonces toda su amplitud y riega el campo de la actividad con su prolífera influencia" (9).

Más adelante demostraremos que esta interpretación era, en lo fundamental, acertada.

A) *Cambios en la economía y la sociedad rurales.*

La paz fue el fruto combinado de ciertos cambios socio-económicos y del crecimiento del aparato represivo del Estado. Se trataba de toda una estructura donde los hechos se entrelazaban, interdependían y generaban la muerte de las revueltas rurales. Latorre había asentado las bases del principio de autoridad pero no contó con los medios técnicos para tornarlo intangible ni pudo controlar las mismas fuerzas económicas y sociales que su Gobierno desató al afianzar el orden interno, fuerzas que a muy corto plazo condujeron a la desocupación de las peonadas ante el cercamiento de los campos, al aumento de la criminalidad, el robo de haciendas y, por fin, a las revoluciones blancas basadas en el "pobrerío" rural.

Batlle protagonizó, para su suerte, un proceso pacificador mejor fundado.

El avance del mestizaje, aceleradísimo a partir de 1905, volvió a todos los hacendados hostiles a las guerras civiles. El Hereford avanzó incluso dentro del refugio de la hacienda tradicional, donde brotaban los estancieros caudillos como Aparicio Saravia: la región fronteriza con el Brasil.

Los progresos espectaculares de la ganadería lanar tuvieron un doble efecto: sobre los dueños de ese ganado y sobre la mano de obra. La paz política era imprescindible para el estanciero ovejero, más aún que para el dedicado de preferencia al vacuno. El ovino no se estaba mestizando, ya era un producto artificial y fino en la década 1905-1914 en mucho mayor medida que el vacuno. Las revoluciones mataban un animal costoso, confundían las majadas exponiéndolas al contagio de la sarna, y consumían un bien de permanente y fácil colocación en el mercado internacional: la lana.

Entrevistado en 1909 uno de los más ricos estancieros de Flores, Hugo Tidemann, de los pocos que habían logrado eliminar la sarna de sus ovejas, dijo al periodista con ironía pero también con convicción:

"Ah! me olvidaba! Puede usted decir que se necesita también una ley que prohíba las revoluciones, porque si éstas existen, son inútiles las curaciones de la sarna" (10).

Por su parte, el obrerío rural conoció por estos años un mejor destino. Como analizaremos en el tomo siguiente, la expansión del lanar y del área agrícola, el incipiente desarrollo de la cuenca lechera, el crecimiento del ejército y de la policía, le ofrecieron más oportunidades de trabajo, anotándose incluso quejas por falta de brazos y un discretísimo aumento del salario del peón luego de 1910. Es revelador, entre un centenar de cartas parecidas, la escrita por un hacendado en 1913:

“El apoyo de los abusos que se cometen está en la carestía de brazos; está en esa eterna desgracia de los criollos que se van, está en que los pocos que quedaban, despojados a las labores pecuarias, se encuentran en los cuarteles formando el block de nuestro ejército permanente. Hasta por ese lado las industrias rurales han tenido que pagar su tributo! Si el gobierno estuviera dispuesto a proporcionar facilidades a los estancieros... dispondría que se otorgasen licencias a algunos grupos de soldados... a fin de colaborar en los trabajos...”⁽¹¹⁾.

Otro cambio importante fue el aumento de arrendatarios en las explotaciones rurales. Los contemporáneos coincidían, con rara unanimidad, en destacar que el número de ellos dedicado a la ganadería creció permanentemente durante este decenio. Los Censos, por desgracia, sólo revelan su enorme gravitación, pero no con suficiente claridad el avance de esta forma de tenencia de la tierra. El de 1900 estimó que un 37,7 % de todos los hacendados del país eran arrendatarios; el de 1908, más perfecto, llevó el guarismo a 38,7 %.

Atraídos los propietarios por las suculentas rentas que podían extraer del suelo —en medio de la euforia alcista iniciada en 1905— muchos prefirieron abandonar el trabajo en el campo y disfrutar de los crecidos arriendos en las capitales departamentales o, más frecuentemente, en Montevideo. En 1910, Gabriel Terra señaló con mano maestra el efecto que sobre esa categoría cada día más numerosa de estancieros tenían las revoluciones:

“La fuerte suma que se paga por las rentas de los campos hace el margen de las ganancias insignificante, sobre todo en las explotaciones pequeñas, en los predios reducidos, y sin duda alguna sería por esta causa más perjudicial una guerra

que llevaría fatalmente a la quiebra a todo ese elemento digno de la mayor consideración, que soportando fuertes arrendamientos tiene el coraje de trabajar en nuestra campaña.

Una revolución, a un propietario de campo no le hace perder mucho más que la renta de un año en la generalidad de los casos; pero a quien ocupa la tierra ajena en condiciones onerosas puede llevarlo a la ruina. . . Esta sustitución del propietario por el arrendatario en el trabajo de una gran parte de la campaña, que es un hecho bien constatado, hará que la propaganda de la Liga de la Paz repercuta de una manera intensamente simpática entre los meritorios habitantes rurales que están expuestos a perder sus ahorros, el medio de sostener a sus familias, por movimientos de rebelión tan injustificados como desalentadores" (12).

Por fin, un fenómeno sólo en apariencia de menor entidad debe ser tenido en cuenta para completar este sumario recuento de factores económicos y sociales que pacificaron al país: el descenso del stock caballar. Aquello que anotaba el representante diplomático del Imperio alemán en 1904 era rigurosa verdad: "Con respecto a la guerra civil del Uruguay se oye decir: *Es cuestión de caballos*" (13). Un alzamiento rural no se producía sin buenas caballadas y éstas, desde 1905, estaban desapareciendo por distintas causas.

Los hacendados descuidaron deliberadamente la cría de equinos por dos razones hermanadas: una, económica: los caballos no tenían mercado de colocación interno ni externo y comían demasiado pasto en campos cada vez más caros, arrebatando el sitio a majadas y rodeos mestizos (500.000 equinos equivalían a 700.000 vacunos y 1.500.000 ovinos); otra, política: una forma de suprimir los levantamientos rurales era quitarles lo que los hacía fuertes: su pasmosa movilidad que llegaba a convertirse en manos de un caudillo diestro casi en el don de la ubicuidad.

La falta de incentivos económicos para continuar distraendo campos en la crianza caballar la explicó un dirigente de la Federación Rural en 1910:

"Los campos están caros y los equinos comen mucho, comen continuamente, y cortan con sus cascós afilados los pastos finos: . . . El mercado local es pobre y limitado. La expor-

tación no existe. Los tranvías eléctricos, los automóviles y los motores en general, son serios competidores del caballo, que tienden a desalojarlo forzosamente..." (14).

En cuanto a las razones políticas, los contemporáneos fueron asombrosamente conscientes de que el mantenimiento de un fuerte stock equino era una "tentación" permanente a resucitar las revueltas rurales y la intranquilidad en la campaña. Dijo un hacendado en 1910:

"Los criadores de caballos no son los dueños en nuestra tierra; los dueños son los revolucionarios, o son las fuerzas del gobierno ¿Conviene una cría en condiciones tan difíciles, precarias y aleatorias? No cabe duda que no conviene, y como todos los trabajadores de la campaña estamos interesados en concluir con las revoluciones, debemos empezar por reducir los caballos a la cantidad indispensable, pues es por demás sabido que ellos son los que proporcionan la movilidad, los que sirven para las correrías. Los hábitos andariegos y caminadores del paisano se los dá el caballo, suprimiéndole ese elemento lo haremos sedentario y amigo del trabajo. Suprimamos los caballos y aumentemos los alambrados..." (15).

Luego de fracasada la primera rebelión blanca de 1910, otro estanciero propuso: "Si los elementos productores hemos sido hasta la fecha incapaces de defendernos, ejercitemos al menos ese acto pasivo de defensa. No criemos caballos. Tengamos los absolutamente necesarios y las probabilidades de revolución habrán disminuído..." (16).

Uno de los miembros principales de la Federación Rural, Alejandro Victorica, fue aún más claro en carta privada a otro hacendado en marzo de 1911: "...ha resultado que las revoluciones han tomado gran impulso y los gauchos y los caudillos están convencidos que habiendo caballada pueden hacerse revoluciones impunemente y cuando se quiera. Caballos, éste es un gran factor de perturbación, que es necesario combatir en nuestro país; el gaucho malevón, cuenta siempre con que si pega una puñalada su pingo lo pondrá en dos noches en la frontera; con dos o tres pingos puede andar de departamento en departamento y de estancia en estancia changando, comiendo, ayunando, esperando las esquilas o la revolución. Es necesario pues combatir la cría de equinos; como negocio es

malo y resulta peor si se tiene en cuenta que es factor de perturbación... (17) ()*.

El resultado de la conjunción de estos factores económicos y políticos se reflejó en la pobre existencia y calidad de los equinos disponibles en este decenio. Un índice elocuente de la mortandad equina provocada por la sequía reinante entre 1909 y 1910 y las medidas que adoptó el Gobierno de Williman ante los conatos revolucionarios blancos de 1910, lo obtenemos al analizar las exportaciones de cueros equinos secos. La media anual entre los años 1905 y 1908 fue de 28.500. Se elevó a 37.000 entre 1909 y 1911, es decir, un 32 % de aumento (23).

En las exposiciones rurales los hacendados se desinteresaron de presentar buenos caballos, aun de raza. De casi 1.200 animales expuestos en 1909 en Paysandú, sólo dos eran caballos (24).

Cuando en 1907 el Jockey Club quiso regalarle caballos a la Escolta presidencial, luego de recorrer inútilmente varias

(*) Los hacendados agremiados en la Federación Rural llegaron a sugerirle al Gobierno una medida que resultaría inaudita viniendo de ellos si no conociéramos sus motivaciones: crear un impuesto de un peso por caballo (18). En verdad, el Gobierno ya lo había pensado, porque en 1905, con la firma de Batlle y Ordóñez y su Ministro Juan A. Capurro, se había elevado un proyecto de ley para financiar un empréstito de 3 millones de pesos destinado al fomento de la viabilidad rural, y uno de los recursos era un impuesto sobre los caballos (19).

Agitado el clima político en 1910 ante la nueva candidatura de Batlle, el partido gobernante volvió sobre la idea a través del diputado Ramón Mora Magariños quien propuso la implantación de un gravamen similar (20). Pero como establecía exenciones (un equino cada 50 hás. de propiedad), la Federación Rural llegó al colmo de criticarlo porque iba a permitir una cría numerosa a los "grandes terratenientes", y además porque el impuesto era considerado bajo (\$ 0,50 por cabeza) (21).

Los miembros del ala radical del Partido Blanco, que se expresaban a través del diario "La Tribuna Popular", estaban indignados, síntoma de que Gobierno y hacendados habían puesto el dedo en la llaga. Como el Presidente Williman, a raíz del alzamiento de octubre de 1910, había requisado miles de caballos y los hacía conducir a campos secos, sin mantenimiento, buscando de hecho su muerte, "La Tribuna Popular" decía: "Si no quedan caballos para promover revoluciones —aunque nunca será tan grande su falta— las revoluciones se realizarán a pie, si no en campaña, en la ciudad. Las revoluciones se realizarán siempre que en la República haya hijos y entenados..." (22).

Pero los uruguayos casi no habían conocido revoluciones a pie. Eran un contrasentido histórico y estratégico.

estancias, tuvo que importarlos de Argentina (25). Y cuando el Presidente de la República revistó en Melo a tres regimientos de caballería —en 1909—, “...de los tres, dos formaron a pie, haciéndolo el tercero a caballo, si tal puede decirse de una unidad táctica cuyos miembros aparecen montados en infelices matungos, flacos y peludos, representando algo así como una jineteada de perros de terranova” (26).

Pero el colmo fue que algunos estancieros tuvieron que usar automóvil para recorrer sus tierras, como lo notició “El Siglo” en enero de 1911: “Los hacendados del departamento [Soriano] y aún algunos del Río Negro que han tenido que visitar sus establecimientos en los últimos días, han utilizado el auto en sus excursiones con resultado generalmente satisfactorio” (27).

Tal panorama era lo que daba tranquilidad al diario en febrero de 1911 ante los rumores de un nuevo levantamiento:

“Diremos también que pocas veces la situación ha parecido menos favorable a empresas de tal naturaleza. Fuera de las eternas deficiencias de material bélico, reveladas en todas las ocasiones, hoy tendrán que luchar los perturbadores del orden, con la escasez de su primer instrumento de guerra: el caballo. Los elementos de movilidad son muy escasos en casi todo el país, y lo poco que existe no encontraría en los campos, quemados por la seca, talados por la langosta, cómo reponer los efectos de unos días de marcha. Bien pronto, en un par de semanas, como máximun, la insurrección estaría a pie; a pie, mal armada y peor municionada. Nunca, pues, fue más ilógica la previsión de un movimiento revolucionario” (28).

Eliminar el exceso de las caballadas —característica esencial del viejo Uruguay criollo— fue como decretar de una nueva forma la muerte oficial de éste. La evolución económica y la política se habían aliado para este fin (*).

(*) Contribuyó al mismo fin que la escasez de caballos una modificación técnica que surgió en estos años: el poste de cemento armado: “Un conocido hacendado decía, haciendo el elogio de los postes de cemento, que eran postes pacificadores. En efecto, un alambrado hecho sobre esa base, es difícil de destruir, y en una guerra su destrucción no tiene objeto, porque como el cemento no es combustible no sirve para hacer churrascos...” (29).

B) Fortalecimiento del aparato coactivo del Estado.

La paz interna también era el fruto del total monopolio de la fuerza física por parte del Gobierno central. Es una paradoja —explicable dadas las tensiones políticas y el momento que se acababa de vivir en 1904— que los gobiernos civiles del primer batllismo (1903-1915) hayan incrementado tanto el poder del ejército y la policía.

El ejército de línea fue estimado en 1899, bajo Juan L. Cuestas, en 4.269 hombres. Al finalizar 1908 aumentó a 6.051, en 1910 a más de 7.000, en 1912 figuraban en el presupuesto de gastos 8.793 soldados de línea y en 1914 los efectivos se elevaban a 9.180. En 15 años el aumento era superior al 100 %. A ellos debían sumarse unos 3.000 hombres en la policía.

Con motivo de la primera tentativa revolucionaria blanca de enero de 1910, el Gobierno de Williman puso en pie de guerra a 32.000 hombres, que hubieran podido elevarse hasta 60.000 (30).

Fue sobre todo el pobrerío rural quien halló ocupación en el aparato represivo estatal, al grado que los hacendados empezaron a quejarse desde 1910 en adelante de que el ejército les arrebatava la mano de obra:

“El ejército nacional, donde cada soldado recibe mensualmente \$ 11, amén de casa, comida, ropa, etc., se ha aca-parado gran número de ciudadanos que antes se dedicaban a las tareas agrícolas, y últimamente el número de enrolados ha sido mayor debido a la creación de nuevos cuerpos en el arma de caballería e infantería” (31).

Además de duplicar el número de soldados, el Gobierno también logró adquirir las mejores y más modernas armas europeas. Los Ministros de Francia y Alemania se disputaban los contratos del Estado uruguayo para la compra de armamentos, representando el primero a la casa Schneider y el segundo a la empresa Krupp. Fue sobre todo bajo la Administración de Williman que el utilaje militar nacional adoptó los modelos europeos y norteamericanos más recientes; en 1908, por ejemplo, los fusiles y carabinas Mauser modelo 1906. Una delegación de 30 oficiales fue a Europa para estudiar y probar el mejor equipo militar que “la paz armada” producía, cada vez más mortífero y perfecto: cañones Schneider y Krupp, ametralladoras Hotchkiss, fusiles ametrallado-

ras sistema Madsen; se uniformó el calibre de todas las armas, y el Gobierno decía tener "armamento bastante para poner en pie de guerra un efectivo de 50.000 hombres" (32).

Puentes, caminos, carreteras y nuevas líneas férreas completaron el dominio del Gobierno central sobre la campaña. Las comunicaciones jugaban un rol importante en el pensamiento del nuevo equipo dirigente para la promoción del cambio económico, pero no se descuidó su función estratégica. El interés del Gobierno porque el Ferrocarril Central llegara cuanto antes a Melo no era casual. Melo, Treinta y Tres, Maldonado y Fray Bentos fueron las cuatro nuevas capitales departamentales que en el decenio estudiado se unieron por ferrocarril con Montevideo. La región fronteriza, cuna de las rebeliones, estaba ahora al alcance de la autoridad central. En 1905, y en relación a los nuevos caminos nacionales proyectados, los diputados que apoyaron el Mensaje del Poder Ejecutivo sostuvieron que ellos "*...contribuirán también a la obra de dar mayor energía e intensidad a la vida política del país, vigorizando a la vez los lazos de la unidad nacional*" (33).

Toda esta nueva realidad la conocían los blancos, y la expresó de manera categórica el Gobierno en el Mensaje presidencial del 15 de febrero de 1910:

"...cuantos más medios de represión inmediata tengamos, menos insensatas tentativas de subversión tendremos que sofocar, hasta imponer de modo absoluto el convencimiento de que no le es posible a nadie alterar la paz pública..." (43).

"El Día" lo dijo con palabras que buscaban atemorizar más:

"...a las armas de precisión de las fuerzas legales el insurrecto raras veces puede oponer otra cosa que una mala carabina ferrugienta o algún fusil ya hace tiempo pasado de moda, sin contar con que las marchas que antes se hacían con relativa comodidad, gracias a la tropilla que se llevaba por delante, mañana habrá que hacerlas poco menos que a pie por poco que se extreme la sabia medida de las requisas de caballos... Y como coronamiento de todas estas infinitas desazones, el castigo brutal, la represión infalible, muchas veces la muerte, que pueden darse por descontados "a priori" dado el poder militar con que cuenta el gobierno..." (35).

El poder coactivo del Estado se había tornado incontrastable; las nuevas técnicas militares y de comunicación, y la capacidad financiera gubernamental que las respaldaba, anulaban no sólo la posibilidad de éxito de un movimiento armado popular, sino también su mera existencia. De ello se deducía que la paz interna era un hecho. Tocábale el turno, pues, de no desaprovechar la ocasión, a las fuerzas sociales, económicas y políticas de la nación.

3 — La confianza en el nuevo equipo gobernante

Ya "Price" había señalado el peso del factor "confianza pública" para la reactivación de la vida económica nacional por el ingreso de los capitales escondidos al circuito económico. No cabe duda que, si todas las otras condiciones ya vistas se habían logrado, la confianza que profesaron las clases poseedoras al nuevo equipo dirigente por su honradez administrativa y financiera influyó decisivamente en la gestación del auge económico posterior a 1905.

El uso escrupuloso de los dineros públicos dió una impresión de estabilidad desconocida hasta ese entonces, lo que, unido a la paz interna, bastó para asegurar el clima propenso al crecimiento y aun al desarrollo económico protagonizado por el capital que hasta ese momento se guardaba cauteloso y prudente al exceso.

En junio de 1908 "Price" escribía al respecto:

"A raíz de su elección fue recibido el señor Batlle con ciertas reservas por todo el elemento conservador del país. No dejaba de reconocérsele las mejores condiciones de honradez personal, como garantía de su gestión personalmente insospechable en la administración de los dineros del estado, pero en verdad, no se le juzgaba en general, capaz de imprimir una marcha severa, ordenada y económica a las finanzas nacionales. Se le reputaba inferior al señor Cuestas. Los primeros actos administrativos del señor Batlle lo revelaron con todas las cualidades de administración que se le reconocían a su antecesor, "ítem" más, con tendencias moralizadoras sin distinguos ni vacilaciones, que parecían a veces tocar los lí-

mites de la exageración... Esa línea de conducta le granjeó el concurso del elemento conservador del país..." (36).

Si bien ese "concurso del elemento conservador" fue disminuyendo a medida que se radicalizaron las posiciones del Presidente en materia económico-social, nunca dejó de reconocerse que su honradez incuestionable era una garantía para la correcta administración estatal. Incluso uno de los Ministros extranjeros más desafecto a las ideas presidenciales, el representante diplomático alemán, reconoció este hecho al afirmar:

"Los conservadores temen, a pesar de reconocer todas sus buenas cualidades, entre ellas su honradez, su radicalismo especialmente en el campo social y económico" (37).

Prueba objetiva y de enorme resonancia pública de esa cualidad fueron los sucesivos superávits presupuestales, el primero de los cuales ocurrió en el ejercicio 1905-1906:

"Este acontecimiento feliz en la historia de las permanentes vicisitudes financieras del Uruguay, fue puesto en conocimiento de las Cámaras el 25 de setiembre de 1906 por el Ministro de Hacienda, José Serrato, en medio de la satisfacción general, no tanto por la importancia del excedente obtenido —\$ 453.110— sino por la convicción que el delegado del Poder Ejecutivo supo inspirar en el ánimo de todos, de que éste era el paso definitivo dado hacia la conquista de la estabilidad del presupuesto, derrotando el déficit tradicional..." (38).

Esa satisfacción y confianza se acentuaron con los sucesivos superávits que se lograron durante todos los años de la Administración de Williman.

El empréstito de Conversión de 1906 puso de relieve que la confianza en el país había ganado también a los inversores extranjeros, debiéndose tanto a la paz restablecida como a la conducta "proba" de los dirigentes políticos y financieros de la Nación. Expresaba un diario en general desafecto al Gobierno, "El Siglo", que *".. había un detalle muy halagador y que evidencia la confianza que la banca europea deposita en la seriedad y honradez de nuestra administración: el Banco encargado de recibir la renta de Aduana y hacer el servicio de la deuda será el de la República..."* (39), y no como en los empréstitos anteriores en que ello se dejaba librado al criterio de los prestamistas.



Todo este panorama dio razón a Pedro Cosío cuando afirmó que desde el año 1905 “...se afianza definitivamente nuestro crédito externo y empieza nuestro país a ser conocido y respetado en el mundo, como una nación capaz de regir sus propios destinos dentro del orden legal en que viven los pueblos más civilizados de la tierra” (40).

Los inversores extranjeros renovaban su confianza y los capitalistas nacionales salían de sus “escondrijos”. El dinero acumulado empezaba a girar.

Capítulo II

El auge económico

1 — El ahorro nacional y los índices de crecimiento

La formidable expansión que envolvió al país luego de la finalización de la guerra civil tuvo, además de los factores antes señalados, una base económica insoslayable: la acumulación de capitales que la nación realizó durante largos años para superar la crisis de 1890.

En tomos anteriores se ha destacado que la actitud tradicional del Uruguay de la segunda mitad del siglo XIX para superar las crisis económicas era disminuir sus consumos y compras del exterior, aumentar en todo lo posible sus exportaciones, y ahorrar, sobre todo ahorrar hasta la avaricia, para revertir los saldos negativos de su balanza comercial hasta transformarlos en positivos. También se explicó por qué semejante política se podía aplicar con relativa facilidad: la escasa industrialización no hacía imprescindible la importación de combustible, materias primas y maquinarias extranjeras; el principal alimento estaba dentro de fronteras —la carne, no teniendo bajo su forma tasajo un buen mercado internacional— y los sectores populares, débiles y sin organización, aceptaban pasivamente los sacrificios que se les imponían.

La elevación de los derechos de importación encarecía muchos artículos de consumo masivo y elevaba el costo de vida, mientras que los ajustes presupuestales del Estado congelaban o disminuían los sueldos de los funcionarios públicos y las jubilaciones y pensiones de las clases pasivas. Los efectos de las crisis caían así sobre los sectores económicamente más débiles, al tiempo que los más fuertes (alto comercio,

hacendados, los escasos industriales) se dedicaban de nuevo a la acumulación de fuertes capitales que se concentraban en los bancos montevidéanos.

Así también se enfrentó la crisis de 1890 y año a año se fueron sumando los saldos favorables de la balanza comercial hasta totalizar la inmensa cantidad de 117 millones de pesos entre 1891 y 1904. La cifra adquiere toda su relevancia si se piensa que era comparable a tres años de exportaciones uruguayas de este período. Y aunque deba hacerse una quita de importancia ante las remesas de oro que la nación efectuaba por pago de su deuda externa y de los intereses de las inversiones extranjeras —edución que a posteriori evaluaremos con más precisión— ello dejó una cantidad no menor de 40 millones de pesos en la República.

Ese era el capital que iba a ser puesto en circulación vivificando el crédito, intensificando el mestizaje vacuno y ovino, fundando industrias, valorizando la tierra. Ese capital se inyectó en la vida económica nacional porque la paz interna se había logrado y las clases conservadoras confiaban ahora en la honradez de los Poderes Públicos.

Este hecho ya lo habíamos visto destacado por el articulista "Price", y años más tarde lo corroboraron dirigentes políticos no especialmente afectos al batllismo en el poder. Fue el caso del senador Juan Campisteguy, quien dijo en la Cámara, en 1909:

"...fuera del factor de la confianza pública, lo que ha estimulado y sigue estimulando el movimiento actual, mucho más activo que el operado en los 13 años anteriores a 1905, son las reservas que se han acumulado en ese lapso y el concurso que nos han prestado los capitales del exterior... y si alguno preguntara por qué razón el país ha permanecido en actitud de sensible retraimiento [en los años anteriores a 1905] ... esa pregunta podría contestarse diciendo que no poco deben haber influido los acontecimientos políticos que se desarrollaron en aquella época..." (41).

"El Siglo" en 1912 coincidía plenamente con ambas ideas:

"La prosperidad de la hora actual —tan grande como innegable— se ha edificado, principalmente, sobre los esfuerzos pacientemente acumulados durante 15 años. El espíritu de desconfianza y retraimiento, la tendencia hacia la economía

y el ahorro que dominó a todos los órdenes de productores durante la larga liquidación de la crisis de 1890, permitió la acumulación de considerables riquezas que, recién hace un lustro, encontraron ambiente de suficiente confianza para salir de su inacción e incorporarse al movimiento económico...” (42).

La paz interna, la confianza en el nuevo equipo dirigente y el capital acumulado en largos años, he allí las premisas para un empuje económico que se reveló en numerosos sectores de la vida nacional.



En la campaña uruguaya surgieron de inmediato varios hechos probatorios de tal cambio. Por ejemplo, reaparecieron las exposiciones-ferias, y apenas dos meses después de la terminación del conflicto, la Rural de Soriano convocó para un torneo especial que se tomó como síntoma “de la gran reacción que se prepara al amparo de la paz” (43). Era hora también de reparar los daños causados en los alambrados para volver a la senda del perfeccionamiento del ganado: “...esta mañana fue considerable el número de rollos de alambre para cercos y rollizos para piques que para el interior de la República condujeron los diversos trenes salidos de la Estación Central. Estos envíos obedecen a pedidos hechos por estancieros a raíz de conocer la noticia de la celebración de la paz” (44).

Otra tarea inmediata era la de repoblación de los campos. Algunos hacendados previsores habían enviado sus rodeos a Brasil para ponerlos a salvo del conflicto, y solicitaban ahora autorización al Gobierno para su reingreso (45); otros, menos afortunados, tenían que comprarlos donde abundaran, y así salieron varios comisionados rumbo a Entre Ríos, Corrientes y Río Grande con el objeto de adquirir los animales necesarios para reiniciar la explotación en los campos más castigados (46).

Pero la prueba más indiscutible del renacimiento de la confianza en la campaña la ofrece la reanudación del mestizaje. Si analizamos las listas de los animales puros inscriptos en los Registros Genealógicos de la Asociación Rural del

Uruguay, encontramos que de 1887 a 1898 se inscribió un promedio de 87 animales anuales, en 1899 se sobrepasaron los 100, en 1900 los 200, en 1903 los 400, pero todo se detuvo en 1904. En 1905 se inscribieron 991, duplicándose largamente los del año anterior a la revolución. Luego de 1906 pasaron los 1.000 anuales y en 1913 los 2.000 anuales. Pero el salto cuantitativo y cualitativo ocurrió en 1905 (47).

En los diarios se anunciaba con satisfacción que el propio hijo de Aparicio Saravia, Nepomuceno, *“ha realizado ya algunas compras de ganados para su estancia, y recientemente ha pedido precio para adquirir un lote de toros Hereford de campo de la marca JB”* (48). Esto daba la tranquilidad de saber que también los ex-revolucionarios habían vuelto a las tareas rurales, y la confianza se renovaba ante el panorama de tranquilidad política que se había abierto.

Otro índice de la expansión económica, de singular relieve en esta sociedad conservadora, fue el rápido incremento del valor venal de la tierra. Ya señalamos antes algunos ejemplos engendrados por la euforia de la paz recién lograda; ahora podemos aquilatar mejor tanto la cuantía como la extensión de dicho fenómeno.

En un informe de la Dirección General de Avaluaciones publicado en 1910 y realizado sobre bases muy confiables, se decía que la valorización de la tierra era “notable” y se estimaba que en 1905, con relación a años anteriores, la suba había superado al 50 % en todo el país (49). Otro cálculo, realizado por “El Día”, al atribuirle un índice 100 al año 1903, concluía que para 1905 correspondía un índice de 145 (50), y en años posteriores siguió el aumento hasta triplicarse.

Por otra parte, eran corrientes las expresiones de asombro de los cronistas rurales de la prensa montevideana cuando daban cuenta de campos comprados a \$ 31 la cuadra y que antes de un mes eran requeridos a \$ 45 (51), y todavía con una demanda que superaba la oferta de propiedades.

Los arrendamientos ascendieron en proporciones algo menores, pero también notables. En Florida, campos dedicados a la ganadería por los que se pagaba \$ 0,70 la cuadra subieron a \$ 1, y había ofertas por arrendar otros que se elevaban a \$ 1,20 y \$ 1,40, con lo que el incremento alcanzaba al 100 % (52).

En Soriano, la fiebre alcista alcanzó puntos culminantes y precios más elevados por cuadra —\$ 3— de los que nunca se habían abonado en el país (53).

También ocurrió que el precio del ganado conoció un alza importante en 1905, estimulada por la escasez debida a la guerra civil. El precio del novillo en enero de 1904 era de \$ 14,25 y pasó en el mismo mes de 1905 a \$ 20,14, o sea un aumento de 41 %. Si bien este aumento no reflejó las posibilidades reales de sus principales compradores —los saladeros—, era una muestra fiel del clima eufórico de 1905 (54).

Montevideo también experimentó un aumento similar en el precio de las propiedades inmuebles. El entusiasmo por la paz y la nueva confianza en la vida del país duplicaron en 1905 el valor de las ventas de propiedades efectuadas en 1904, y los precios de la propiedad inmueble capitalina pasaron de un índice 100 en 1903, a 145 en 1905 y a 300 en 1909 (55).

Otro índice del resurgimiento económico lo encontramos en el plano financiero. Ya conocemos la satisfacción que la noticia de la paz provocó en la Bolsa de Valores montevideana, donde todo el mundo se felicitaba y “el empujón al alza prometía ser formidable en cuanto se abrieran las cotizaciones...”. Igual alegría y tranquilidad se experimentó en el exterior. Nuestra deuda externa elevó sus cotizaciones como nunca, y se facilitó la concertación de nuevos empréstitos en plazas hasta entonces cerradas, como París. El capital extranjero, siempre sensible a la situación política de los países donde realizaba sus inversiones, estaba nuevamente bien dispuesto hacia un Uruguay que había establecido con firmeza la paz interna.

Mientras en 1904 nuestra deuda en Londres se cotizó a \$ 54,50, en octubre —firmada la paz— saltó a 61 3/4, y en 1905 a 65,50. De 1895 a 1904 —en diez años— el promedio de la cotización de nuestros títulos fue de 41,41; de 1905 a 1909 —en cinco años— el promedio alcanzó a 69, es decir, un aumento de 44 % (56).

El zar de las informaciones francesas en materia financiera, Paul Leroy Beaulieu, dió su visto bueno al Uruguay y lo colocó —en relación a la seguridad de los fondos y su rendimiento en una clasificación que hizo para el público francés tomador de deudas extranjeras— en una categoría inter-

media muy digna para un país nuevo. Resaltando la importancia de los factores recién señalados, el experto francés expresó: *“El Uruguay ... es muy favorecido por la naturaleza y se halla actualmente en plena prosperidad. Lo aleatorio es que en épocas anteriores tuvo que soportar diversas revoluciones, pero goza de tranquilidad desde hace algunos años y puede esperarse que no tardará en entrar en una era normal del punto de vista político...”* (57).

Otros indicadores económicos tomados un poco al azar —pero correspondientes a sectores claves— prueban otra vez el efecto inmediato de la Paz de Aceguá de 1904.

Por ejemplo, el primer frigorífico del país, cuya labor había sido detenida por la revolución, empezó a trabajar de inmediato y realizó sus primeras exportaciones en 1905 (58).

El Banco de la República pudo cubrir en 1907 por primera vez con sus utilidades el importe del servicio de la deuda de su fundación, y aún excederlo. A partir de 1905 y con la reapertura de sus 24 sucursales, muchas de ellas cerradas ante la guerra civil, su labor crediticia empezó a llegar a toda la campaña (59), y si bien su apoyo se concentró mucho más en la clase alta que en las clases media y baja rurales, no hay duda de que es en este momento que se comprueba un constante aumento de su influencia y su función reguladora del crédito nacional.

Igual cosa sucedió con otra empresa que reflejaba la reactivación nacional: el Ferrocarril Central del Uruguay. Los dividendos distribuidos a sus acciones ordinarias experimentaron un vuelco significativo a partir de 1905; ello constituye clara indicación de que el movimiento comercial y el transporte de mercaderías, frutos del país y pasajeros volvía a crecer aceleradamente. Si en el ejercicio 1903-04 repartió 2 % de utilidades, en el de 1904-05 llegó a 4,5 %, y en los dos años siguientes a 5 %. Mientras que en los 7 ejercicios comprendidos entre 1896-97 y 1903-04 repartió un promedio anual de 2,3 %, en los 8 ejercicios que van de 1904-05 a 1911-12, distribuyó un promedio anual de 4,9 %, duplicando holgadamente la cifra previa (60).



Todos estos hechos económicos simultáneos convencieron a la clase dirigente —y quizás también a la mayoría del país— de que se estaba iniciando una nueva era para la República.

Había una confianza ilimitada en los recursos potenciales que la paz, una buena y honesta administración, y el capital atesorado habían puesto en movimiento. Se creyó estar en los albores de un nuevo Uruguay.

El cambio más espectacular e irreversible se esperaba del sector ganadero y de la industria de carnes, con la muerte del tasajo rutinario, la decadencia consiguiente del saladero y el fin del novillo criollo, sustituidos, en un tiempo que no podía ser muy largo, por la carne refrigerada, el triunfo del frigorífico y del vacuno mestizo.

La confianza renacida —y el latente temor a que se vieran de nuevo situaciones como la de 1904— alentaron al núcleo dirigente y a algunas fuerzas sociales a pensar que el nuevo Uruguay debía edificarse sobre otras bases, sobre otro modelo económico que no fuera el tradicional ganadero-exportador, creador de tantas contradicciones y enfrentamientos. Muchos estimaron que la transformación económica debía continuarse hasta lo que ellos creían que era su fin natural: la granja agropecuaria a la europea, si el Estado auxiliaba y empujaba hacia ese cambio; que llegaba la hora de la industrialización; de la arribada masiva de los inmigrantes europeos, que hasta ese entonces veíamos pasar con envidia hacia el vecino puerto de Buenos Aires; de la nacionalización de las empresas extranjeras, que con sus grandes remesas de capital al exterior dificultaban nuestro desarrollo; de una transformación de los fines del Estado, que tuviera más en cuenta, mediante un sistema impositivo racional y un intervencionismo más justiciero en lo social, a las clases necesitadas; de intentar, en una palabra, mil caminos que poco o nunca se habían transitado puesto que ahora la paz, la honradez de los dirigentes y la fuerza del capital acumulado, se veían juntos por primera vez en la historia nacional.

Más ferrocarriles, puentes, carreteras, canalizaciones de ríos, puertos atlánticos (en 1913 se realizaron los estudios para la apertura del puerto oceánico de La Coronilla) debían proyectarse y así se hizo. Nuevos modelos económicos y sociales fueron pensados, y algunos también parcialmente ensayados.